

dup.

Biblioteca-Films

NÚM.
337

EL POBRE MILLONARIO

25
CTS.



Ricardito

Talmadge

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

Núm. 336

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

■ ■

THE POOR MILLIONAIRE

El Pobre Millonario

1930

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpre-
tada por el simpático artista del cine

RICARDITO TALMADGE

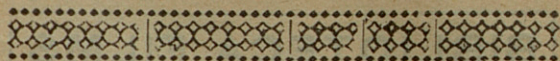
Exclusivas BALART y SIMÓ

Calle Aragón, núm. 249.-Barcelona

REPARTO

Ricardito Sidney . . . RICHARD TALMADGE
Virginia Long . . . Constance Howard

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Nueva York, la inmensa ciudad de los rascacielos, que a tantos atrae con el brillo de sus dólares, empezaba ya a despertar del letargo nocturno, las luces iban apagándose y el sol empezaba a filtrarse por entre alguna rendija, que un arquitecto de cuidado había dejado abierta en sus grandes edificios. A pesar de que la vida comenzaba de nuevo en la gran urbe y de que hacía tiempo que las luces se habían apagado, por una de sus calles céntricas todavía seguía un individuo "alumbrado". Era éste Pedro Klein, que iba a reunirse con sus compinches, un sujeto muy poco recomendable y a cuyo lado no estaba tranquila una cartera, a pesar de que nunca había pensado en ser ministro. Las carteras tenían para él un poder fascinador que lo atraían hasta que lograba apoderarse de ella, no solamente por conocer el secreto de su contenido, sino por realizar algunas pesquisas monetarias. Después de correr varias calles entró en una casa de aspecto tranquilo y en

su interior se encontró con varios compañeros de su misma profesión, a quienes dijo:

—Amigos míos, estoy seguro de que nuestro compañero el "Topo" está entre rejas. Hace ya varios días que no se le ve el pelo por ninguna parte.

—A mí me parece—respondió otro—que lo que ha hecho el "Topo" es "evaporarse" después de haber realizado el "negocio".

—Pues si es así—exclamó Ktein—, yo te aseguro que en cuanto le eche la vista encima le reclamo la parte que nos corresponde. A mí no hay quien me la dé de "primo".

Mientras se sostenía esta conversación, lejos de allí, en una humilde casa de patrona, un muchacho extremadamente simpático, de alegre mirada y enérgicos ademanes, que denotaban un constante ejercicio en los deportes, dormía no muy tranquilamente. Y decimos que no dormía muy tranquilamente, porque su sueño era agitado y pronunciaba palabras incoherentes, como si estuviera al cargo de una poderosa Empresa.

Ricardito Sidney, o sea el muchacho a que nos referimos, se hallaba en uno de esos momentos más críticos de la vida de un hombre. Hacía varios días que andaba detrás de un empleo, sin que hasta la fecha hubiera podido encontrar ninguno que se ajustase convenientemente a las disposiciones financieras que él creía tener. Porque hay que tener en

cuenta que Ricardito, como todo muchacho joven, no tendría dos pesetas para pagar a la patrona, pero, sin embargo, tenía un capital de ilusiones que le hacían soñar con ser uno de los hombres más ricos de Nueva York. Su simpatía y lo afable de su carácter era suficiente para granjearse el cariño de cualquier persona que lo tratase un par de veces y así había sucedido con su patrona, la buena señora Ana Mansford, que quería a Ricardito como si fuera su hijo. Ciertamente que el joven le debía ya no se sabe cuántas mensualidades, pero Ana jamás le había reclamado un céntimo, ni le había hecho alusión a su deuda. Era en una palabra una patrona ideal.

Por fin, se despertó el muchacho, se vistió rápidamente y salió al recibidor, donde la patrona estaba delectando un periódico. Sin decirle nada, le echó los brazos al cuello, hasta que la buena mujer se separó de él, exclamando con fingida molestia:

—¿Quién os ha dado pie para tales libertades?... ¡Es preciso que sepáis que no sois mi tipo!

—No os disgustéis, mi buena Ana—respondió Ricardito—. Cuando me habláis de “usted” se me ponen los cabellos de punta. He soñado una cosa agradabilísima y por eso era mi alegría.

La patrona abandonó su aparente enfado y le preguntó intrigada:

—¿Has soñado acaso que habías encontrado una colocación?

—Mucho más todavía—exclamó Ricardito—. He soñado que yo era un hombre de negocios y que tenía a tres lindas mecanógrafas a mi servicio... Una de ellas era una rubia ideal... Me gustaría que la hubieseis visto.

—¿También en sueños?—preguntó riendo la buena mujer.

—Como hubierais querido—respondió Ricardito.

—Déjate de bromas—repuso la patrona—y vamos a lo positivo. Aquí hay un anuncio pidiendo empleados para un Banco—y señaló el periódico que estaba leyendo.

Ricardito, sin dignarse leerlo, le contestó:

—¿Y no necesitarán algún presidente... o consejero-delegado?

—Déjate de ilusiones, Ricardito, y ves a ver si puedes pescar este empleo... Desde él será más fácil, tal vez, que llegues a ser presidente, aunque me parece que tú nunca dejarás de ser un pobre “chupa tintas”.

Para dar satisfacción a su patrona, más por lo que le pudiera gustar el empleo, salió Ricardito de la casa y se dirigió hacia el lugar que indicaba el periódico. Pero estaba previsto, sin duda, por algún hado misterioso que Ricardito no pudiera colocarse, pues siempre había de interponerse en su camino algún impedimento que impidiese el logro de

sus deseos, aunque, a decir verdad, el de aquel día no podía ser ni más bello ni más del agrado del muchacho.

El obstáculo que Ricardito había encontrado aquel día era Virginia Long, una preciosa rubia, capaz de hacer perder el sentido al hombre menos enamorado. Era la hija única del poderoso banquero Long, y mientras no le llegaba la hora de gobernar a su marido, gobernaba su auto... ¡Pero cómo lo gobernaba! Cuando apretaba el pedal del acelerador lo hacía con tal entusiasmo, que aquello más que un coche mecánico parecía una flecha. De este modo no era de extrañar las corrientes multas que pagaba por exceso de velocidad y de que contase en su haber de conductora con más de algunas docenas de atropellos. Y aquel día le tocó el turno a Ricardito, que estuvo a punto de ser chafado por el coche de la linda muchacha.

—Perdone usted, señorita—exclamó Ricardito—. Iba tan distraído, que por poco si no la atropello.

Aquella exclamación del joven no pudo menos que hacer reír a la muchacha, que exclamó, reconociendo su culpa:

—La culpa ha sido mía, por ir tan de prisa. Debía usted de haberme denunciado.

—Eso es imposible—repuso Ricardito—. A una joven como usted no se la puede denun-

ciar nada más que como alteradora del orden público, por su belleza.

El guardia encargado de la circulación les gritaba para que dejaran el paso libre y Ricardito le dijo a Virginia:

—Siento mucho no poder seguir dándole explicaciones. Pero el "señor de la porra" nos está echando.

La joven, ni corta ni perezosa, influenciada por la simpatía que había despertado en ella la apostura del muchacho, abrió la puerta del coche y le indicó un sitio a su lado. Tampoco Ricardito se hizo repetir la orden. De un salto se colocó a su lado y pronto desaparecieron entre la vorágine de la circulación.

—¿Dónde quiere usted que le lleve?—preguntó Virginia.

—A mí me da lo mismo un sitio que otro—respondió Ricardito—. Lo más importante que tengo que hacer en este momento es estar a su lado.

—Es que voy ahora a hacer un poco de ejercicio—exclamó la muchacha—. ¿Le gusta a usted el tennis?

—Es mi deporte predilecto—respondió Ricardito.

—Pues entonces estoy de enhorabuena—volvió a decirle Virginia—. Iremos a jugar un rato a mi finca.

—Encantado. Ya verá usted qué buena paje hago.

Callaron durante unos minutos, mientras que los dos jóvenes pensaban interiormente que la suerte les había deparado aquel día una compañía de lo más agradable que ellos hubieran podido desear.

Y cuando, algunas horas después, Ricardito descendía del auto de su nueva conocida, se despidió ésta de él diciéndole:

—Espero que renovaremos nuestro partido mañana, ¿verdad?

—No lo dude—respondió el muchacho—. Mañana, a la misma hora que hoy, me dejaré atrojellar por usted...

Estrechó la manita que ella le ofrecía y esperó unos instantes hasta que la vio desaparecer. Ricardito volvía otra vez a su casa, sin dinero y sin empleo, pero perdidamente enamorado.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

SEGUNDA PARTE

Antes de que pudiera entrar en la casa de su patrona, de un grupo de individuos que había en la calle y que le habían visto despedirse de la joven, se separó uno, que era precisamente Klein, y le dijo:

—¡Hola, "Topo"! ¡Te creía que estabas entre rejas!

Ricardito miró sorprendido a su interlocutor y exclamó:

—Me confunde usted con otro, sin duda... Ni yo soy topo ni le conozco a usted para nada.

Klein se echó a reír y volvió a decirle, casi amenazándole:

—¡Connmigo no valen astucias, amigo!... ¿Qué hay de mi parte en el "negocio" Poin-dexter?

—Mire usted—volvió nuevamente a decirle Ricardito, perdiendo la calma—. Ni yo sé nada de ese negocio de que me habla ni soy esa persona que usted cree... ¡Hemos terminado, caballero!

Y, sin esperar la respuesta, se metió dentro

de su casa, mientras que Klein les decía a sus compañeros:

—Estoy seguro de que es el "Topo" en persona. Sólo que ahora se dedica a pescar señoras en vez de carteras.

—Pues lo urgente es sacarle el dinero de Poindexter, no sea que se le ocurra de veras hacerse persona decente...

Al día siguiente, Ricardito, tal como había prometido, estaba en el lugar designado, esperando a Virginia. Tampoco ésta se hizo esperar y, juntos, marcharon los dos al campo de tennis.

Apenas habían empezado el partido, cuando Virginia tiró la raqueta, diciéndole:

—Hoy no tengo ganas de jugar... ¿No le parece a usted que podíamos dar un paseo en la barca por el lago?

—Yo estoy siempre dispuesto a complacerla—respondió Ricardito acercándose a ella.

—La verdad es—siguió diciendo la joven—que parecemos íntimos amigos y todavía no me ha dicho usted quién es.

—No es necesario — exclamó el muchacho—. Lo único que debe importarle es que su compañía me es muy agradable—y, apoderándose de una mano de Virginia, que ella no intentó siquiera retirar, le dijo:

—¿Verdad que a usted tampoco le es desagradable mi compañía?

Ella le fué a contestar, pero, temiendo descubrirse, se soltó de Ricardito y le dijo:

—¿No habíamos quedado en dar un paseo?

Echó a correr hacia el pequeño embarcadero y pronto Ricardito pudo demostrar su agilidad de remero, conduciendo la pequeña embarcación con la misma pericia de un experto marinero.

—¿Usted sabe de todo?—le dijo Virginia—. Lo mismo juega al tennis que conduce autos, que rema.

—No he hecho otra cosa en mi vida—exclamó Ricardito.

—¿Acaso es usted un aristócrata?—preguntó Virginia.

—Nada de eso. Por ahora permítame reservar el secreto. Lo único que puedo decirle es que soy digno de su amistad.

—De eso estoy segura — exclamó la joven—. Me lo dijo desde el primer momento mi corazón.

Habían llegado a uno de los lugares más bellos del lago. La barquilla, medio oculta de los rayos del sol, por las frondosas matas y la quietud de las aguas, formaba un paisaje emocionante. Ricardito, dejándose llevar por el sentimentalismo de aquel instante, abandonó los remos y fué a sentarse frente a la muchacha. Tomó nuevamente las manos de

ella y, acariciándolas con dulzura, le preguntó:

—¿Y no le ha dicho nada más su corazón de mí?

—Por ahora es lo único que me ha dicho—exclamó sonriendo Virginia.

—Pues el mío me ha dicho muchas cosas más—exclamó Ricardito.

—¿Y puede saberse sus confidencias?—preguntó la hija de Lonfi.

—Desde luego—le respondió su acompañante—. Me dijo desde el primer momento que la vi que era usted la mujer más ideal que encontraría en mi vida y que usted sería suficiente para hacer la felicidad del hombre más ambicioso del mundo. ¿Qué le contesta usted a mi corazón?

—Que es muy parlanchín y que otro día seguiremos esta conversación—le respondió la joven, viendo que ambos se deslizaban por un camino demasiado resbaladizo.

Cuando aquella tarde Ricardito volvió a su casa, le importaba poco ya el no tener colocación. Estaba seguro de haber encontrado la dicha más grande que podía desear y esto le era suficiente. Mas de pronto, cuando más embriagado estaba en el pensamiento de Virginia, una duda atroz atormentó su mente: ¿Qué podía él ofrecerle en cambio de aquel amor?... No sabía quién era ella, pero estaba seguro de que pertenecía a una familia



—¿Y no le ha dicho nada más su corazón de mí?

millonaria. Sin embargo, él no era más que un pobre cesante que vivía gracias a la prodigalidad de una patrona compasiva, cariñosa...

En aquel instante, como un eco de sus pensamientos, se presentó Ana Mansford, diciéndole:

—Ha venido un señor que hace tiempo que le espera.

—¿Y le ha dicho usted que volvería yo?—preguntó asustado Ricardito.

—Tranquilícese, hombre—exclamó la patrona—. Este no parece un acreedor. Habla muy amable y parece que se trata de un asunto muy importante de lo que tiene que hablarle. Yo no le he podido sacar ni una palabra...

Salió Ricardito en busca del sujeto que le esperaba y se encontró con un desconocido, que le dijo:

—He venido para notificarle la muerte de Tomás Sidney.

—¡Caramba!—exclamó Ricardito por decir algo—. ¡Sí que lo siento! No lo conocía mucho, pero siempre es doloroso perder un pariente.

—Su tío—siguió diciendo el desconocido—antes de morir le ha nombrado a usted heredero de su fortuna. He hecho imposibles para encontrar a su hermano gemelo, Carlos, pero mis pesquisas no me han dado resultado alguno... Tal vez usted pueda darme alguna orientación.

—Completamente ninguna—respondió Ricardito—. Mi hermano desapareció hace tres años, sin que haya vuelto a saber nada de él. ¿Acaso es esto una dificultad para la herencia?

—Ninguna—respondió el abogado—. Pero necesitaremos algunas semanas para saber la cuantía de la herencia, pues los negocios de su tío aparecen algo embrollados.

—¿Y cuándo podré tomar posesión de la

casa de mi tío?—preguntó nuevamente el joven.

—Ahora mismo, si usted quiere... La servidumbre le está esperando ya.

—Pues espéreme un momento—terminó diciendo Ricardito—. Voy a recoger mi equipaje y marcharemos inmediatamente.

Al saber la noticia, la pobre Ana se echó a llorar amargamente ante la idea de separarse del muchacho, hasta que éste le dijo, estrechándola cariñosamente, como si fuese su madre:

—No llore, Ana... Usted viene conmigo a donde yo vaya... ¡Se acabó la casa de huéspedes!... ¡En lo sucesivo no tendrá usted que luchar con tramposos... como yo!

Y así, el sueño del pobre millonario se hizo realidad.

SOBRE ROSA (sólo para solteras).	20 cts.
SOBRE GALANTE (id. para hombs.).	20 "
SOBRE INFANTIL.	15 "
SOBRE PEPITO.	25 "
SOBRE JUANITO.	15 "
SOBRE REYES.	20 "
SOBRE REYES.	10 "
LA NOVELA DEL VIAJERO.	20 "

==== PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN a
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

TERCERA PARTE

La mansión del difunto Sidney estaba enclavada en el más aristocrático de la ciudad y poseía cuanto pudiera desearse para la comodidad de sus habitantes. Ana se había convertido en la verdadera dueña de ella y Ricardito la dejaba hacer, convencido de que la buena mujer era inmensamente feliz. Una noche, al punto de acostarse ya, Ricardito se asomó a la ventana de su cuarto y vió en el jardín de al lado algo que llamó su atención. Era, nada menos, que la preciosa Virginia. Sin reparar que estaba vestido con un simple pijama, dió un salto fantástico y cayó a los pies de la joven, que dió un grito de sorpresa.

—No dirá usted que no soy galante—exclamó riendo Ricardito—. En cuanto la he visto he caído a sus pies.

Pasado el primer momento de miedo, Virginia se echó a reír y, fijándose cómo iba vestido, exclamó

—En efecto, es usted un Romeo... muy moderno. Pero, ¿cómo se encuentra usted aquí?

—Pues únicamente por el deseo de estar a su lado un rato. ¿Le parece a usted poco?

—Siempre es usted un chiquillo—respondió ella, halagada por la galantería del muchacho—. Pero váyase pronto. Tengo miedo de que coja una pulmonía.

—Si usted me lo permite—respondió Ricardito—me marcharé por donde he venido. Vivo en la casa de al lado.

—¿Entonces somos vecinos?

—Vecinos por ahora... Más adelante sere-
mos otra cosa, ¿verdad?

Ella no contestó. Bajó la vista, como indicando que estaba conforme con lo que él decía y Ricardito, estrechándola entre sus brazos, exclamó:

—¡Te amo, Virginia!... Te amo con toda mi alma y sería el hombre más feliz del mundo si supiera que este amor era correspondido.

—Sí, Ricardo—respondió ella—. Ya también te amo. Desde el primer instante sentí que te pertenecía por completo.

Y fué en aquellos momentos deliciosos cuando Ricardito pensó que la gramática no es tan árida como dicen, puesto que contenía el verbo AMAR.

Para entrar de nuevo a su casa no necesitó Ricardito puerta alguna, sino que de un salto se subió a un árbol y de allí, demostrando que era un atleta completísimo, se lanzó al

espacio para aferrarse en el quicio de su ventana. Envío un beso a su amada y se entregó a la dulzura del recuerdo que le producía Virginia.

Como el amor no es una cosa que se pueda tener oculta por mucho tiempo, el de Virginia y Ricardito también fué conocido de toda la alta sociedad neoyorquina y hasta los periódicos publicaron sus fotografías y el anuncio de la proximidad de su boda.

Entre los camponeros del "Topo" cundió pronto la noticia de este casamiento y Klein, mientras que les enseñaba a sus compinches el periódico que publicaba la noticia, les dijo:

—No creo que el "Topo" vuelva al buen camino. Si se casa con esa muchacha es para entrar a saco en el Banco de su padre. Pero nosotros participaremos del festín, por las buenas o por las malas... Cuando llueve, llueve para todos...

Hay que hacer presente una salvedad para que nuestros lectores puedan saber a qué se debía esta obstinación de Klein en llamar "Topo" a Ricardito. Explicación muy comprensible desde el momento que digamos que Ricardito tenía un hermano gemelo, el tal Carlos, que ni el abogado ni él habían podido encontrar. Los dos hermanos se parecían como una gota de agua a otra gota y hasta sus voces, sus ademanes, todo en ellos los hacía confundir incluso de sus familiares.



...y reunió en una espléndida fiesta

Carlos había seguido un derrotero distinto a Ricardito. Pues mientras éste se conformó con la pobreza, esperando días mejores, el otro hizo amistad con Klein y sus compinches y pronto fué conocido por el apodo del "Topo". En una de sus últimas hazañas, que consistió en apoderarse del bolso de la señorita Poin-dexter, cayó en poder de la policía y estaba sufriendo en aquellos momentos los últimos días de su correctivo. Por esta razón, al verlo Klein lo confundió con su hermano y de ahí su obstinación en creerlo que era el "Topo".

En honor de su prometida, Ricardito abrió su casa al gran mundo y reunió en una espléndida fiesta a lo más florido de la sociedad de Nueva York.

Valiéndose también de medios extraordinarios, Klein y varios amigos suyos consiguieron introducirse en la fiesta que daba Ricardito y no lo perdían de vista un momento, cada vez más convencidos de que era el "To-po" en persona.

La casualidad hizo que una de las más amigas de Virginia fuese precisamente la señorita Poindexter. Y apenas entró ésta, la futura esposa de Ricardito se la presentó, diciéndole:

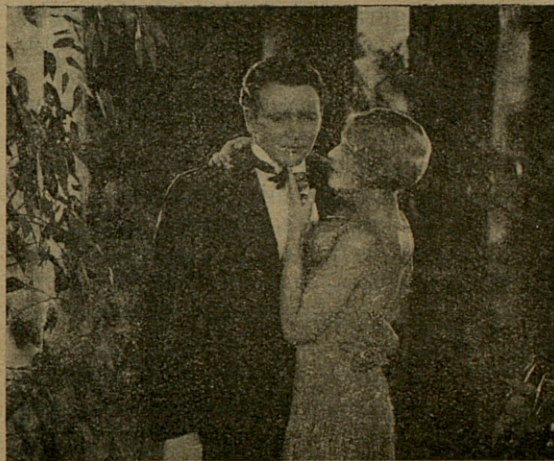
—Ricardo, te presento a mi mejor amiga, la señorita Poindexter.

Ella se lo quedó mirando fijamente y, confundiéndole también con su hermano, exclamó intencionadamente:

—Creo que al señor Sidney le conozco ya... antes de ser el señor Sidney.

Ricardito se creyó que se refería a su antigua pobreza y, ante su gesto de extrañeza, que denotaba lo que le habían molestado las palabras de la joven, el padre de la novia lo cogió por un brazo y se lo llevó aparte, diciéndole:

—No hay que tomárselo en cuenta... Esa señorita cree ver en cada cara desconocida le del ladrón que le robó el dinero... Además,



—Si no me importa fonto.

en su deseo de flirtear, suele ponerse en un ridículo constante.

Como una confirmación de las palabras de Long se acercó en aquel instante la señorita Poindexter y le dijo:

—Señor Sidney, ¿quiere usted que bailemos este baile?

—Muy honrado—exclamó Ricardito, aceptando de mala gana la invitación.

La música empezó a tocar y las parejas se lanzaron a las delicias del baile.

—Estoy segura de haberlo conocido antes—exclamó la señorita Poindexter, mientras bailaban.

—Sin embargo—respondió Ricardito—, yo siento mucho el no recordarla en este instante. Es verdaderamente extraordinario que no me acuerde de una mujer como usted.

Cuando terminó el baile, Ricardito se separó de su pareja para ir a buscar a su prometida, que le dijo:

—He estado viendo que no te separabas de mi amiga.

—Puedo asegurarte que ha sido ella la que ha venido a decirme que bailásemos—se disculpó Ricardito.

—Si no me importa, tonto—exclamó sonriendo la muchacha—. Estoy segura de tu amor, lo mismo que tú debes estarlo del mío, ¿verdad?

En aquel momento Ricardito vió a su abogado y le dijo a su prometida:

—Me parece que me está buscando mi abogado. Espérame un momento mientras hablo con él.

Se acercó al abogado y le dijo, llevándose-lo a un lugar aparte.

—Celebro que haya usted venido... Necesito dinero para pagar a los criados.

—Siento mucho no poderle complacer, pero no tiene usted ni un céntimo. Antes de

morir su tío invirtió toda su fortuna en acciones, que hoy no tienen ningún valor.

—Entonces no habrá más remedio que hipotecar la casa—propuso Ricardito.

—Tampoco es posible—volvió a decirle el abogado—. Esta casa está ya hipotecada... y aun no se ha podido pagar a todos los acreedores que reclaman.

Se alejó el abogado, dejando a Ricardito en la más triste situación, y Ana, al verlo en aquel estado, se acercó a él y le dijo:

—¿Qué te pasa, Ricardito?... Parece mentira que estés con esa cara en vísperas de boda.

—Me pasa una cosa terrible, Ana—exclamó confidencialmente el joven—. Nuestro sueño ha terminado, Ana... No tenemos dinero... ni casa... ni nada...

Su desesperación era inmensa. En aquella situación no podía nunca consentir en casarse con Virginia. El era incapaz de un engaño de aquella naturaleza y decidido a confesarlo todo, fué en busca de su prometida y le dijo:

—Tengo algo importante que decirte, Virginia, antes de nuestro casamiento.

—¿Acaso te has arrepentido de casarte conmigo?—le preguntó bromeando la joven.

—No, Virginia—respondió él—. Te amo con toda mi alma, pero debes saber algo muy importante. Se trata de cuestión de intereses.

—No quiero saber nada—respondió ella.

tapándole la boca—. Me basta con saber que me amas. Eso es lo único importante que puedes decirme.

Y aun, a pesar de su triste situación, Ricardito sintió renacer en él una tenue esperanza, la esperanza que le daba el amor de Virginia.

CUARTA PARTE

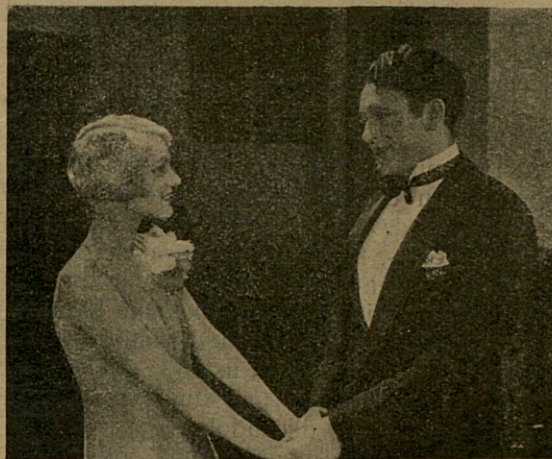
De un campamento de presidiarios no lejos de la ciudad se había fugado un recluso que era precisamente Carlos. Este había indagado el paradero de su hermano y cuando menos lo esperaba Ricardito, se presentó ante él, haciéndole exclamar:

—¿Qué significa esto, Carlos?... ¿A qué vienes?

—Para que impidas que tenga una entrevista con los guardianes—respondió Carlos.

—Lo que pretendes es imposible—respondió Ricardito—. Tú has deshonrado el nombre que llevas. Huye de aquí, antes de que yo mismo te descubra.

Al oír aquello, Carlos, que no tenía el menor cariño por su hermano, se arrojó contra él y lo derribó sobre el suelo. Sus fuerzas



—Te amo con toda mi alma.

eran mucho más potentes que las de Ricardito y logró, no solamente reducirlo, sino que lo vistió con su uniforme de presidiario mientras que él se ponía el traje que llevaba su hermano.

—Ahora puedes hacerlo — exclamó Carlos—. Pero en cuanto la policía te vea con ese pijama te dirán que tú eres el "Topo".

El nombre del "Topo", al sonar en sus labios, le hizo comprender a Ricardito la equivocación del otro individuo y pensó que estaba verdaderamente a merced de su hermano.

Mientras tanto, Klein había trabado conversación con la señorita Poindexter y ésta le decía, creyéndolo el señor Ford:

—¿Le gustan a usted las joyas, señor Ford?

—Las miraba por mera curiosidad — respondió con cierta indiferencia éste.

—Yo, desde que me robaron—volvió a decir la joven—, tengo un miedo atroz.

—Yo también tengo miedo a llevar las mías y por eso voy sin ninguna—exclamó Klein—. ¿Pero quién se atrevería a desvalijar a una mujer tan hermosa como usted?

Ella agradeció con una dulce sonrisa la galantería y siguió diciéndole:

—¿Querrá usted creer que mi collar llega a cansarme?... ¡Si viera lo que pesa!

—Lo vería de buena gana, señora—le respondió Klein, pensando en el valor que tendrían las perlas.

Y, valiéndose de una de sus estudiadas manipulaciones, el collar de la señorita Poindexter pasó a sus bolsillos, sin que ésta se diera cuenta hasta pasados unos momentos.

Cuando se dió cuenta de que había sido robada, pensó inmediatamente que el único que podía haberse apoderado del collar era el falso Sidney y dió la voz de alarma, diciendo:

—Me han robado. Hay que avisar a la policía.

Inmediatamente se dió aviso a ésta y, en-

tre tanto, Virginia corrió a la habitación de Ricardito y lo llamó, diciéndole

—¡Ven en seguida, Ricardo!... ¡Se ha cometido un robo!

Fué Carlos quien acudió al llamamiento y, sin que Virginia se diera cuenta del cambio, corrió hacia donde estaban los invitados y la policía, que ya había llegado.

Ricardito quiso aprovechar la confusión para evadirse, hasta que pudiera ponerse en claro su verdadera personalidad, mas en el momento de hacerlo, la policía lo atrapó y el jefe de ellos le dijo a uno de sus agentes:

—Enciérrele bien para que no pueda escaparse otra vez.

Y, dirigiéndose a Ricardito, le dijo:

— No te escaparás más, "Topo"... ¡Ya verás la cadenita que te tenemos reservada!

—¡Pobre muchacho!—exclamó Virginia—. ¡Me da una gran lástima!

—¡A mí también!—exclamó Carlos—. ¡Tengo un corazón muy sensible para estas cosas!

El jefe de policía había dado orden a varios de sus agentes para que empezasen a registrar a los invitados y Klein, acercándose adonde estaba Carlos, le dijo:

—Esto es humillante, señor Sidney. El policía dice que va a registrar a todos los invitados.

En efecto, el jefe, en aquel momento, daba

órdenes para que las señoras pasasen a otro salón y Carlos, al verse junto a su antiguo compañero, le dijo:

—¡Venga el collar! Nadie más que tú puede tenerlo.

—¡No lo sueñes!—respondió éste—. Tú te burlaste en el “negocio” Poindexter. Ahora estamos en paz.

Y después de una busca infructuosa, la policía se convenció de que el que había robado el collar no se hallaba allí, toda vez que Klein ya había procurado hacerlo ocultar convenientemente.

A la mañana siguiente, el día señalado para la boda, el falso Sidney sacaba de su escondite el dinero robado a la señorita Poindexter, mientras que el verdadero Ricardito se hallaba en el campamento de presidiarios, sin poder justificar su personalidad.

Su hermano, sin embargo, menos sentimental que Ricardito, en cuanto pudo recoger el producto de su robo, no pensó en casarse con Virginia, ni mucho menos, sino en poner tierra por medio y desaparecer. Ya lo había recogido cuanto creyó que le haría falta del ropero de Ricardito, cuando entró su abogado y le dijo:

—Renuncie a su viaje por ahora, señor... Hay muchas deudas pendientes y es preciso pagarlas...

Carlos comprendió que el negarse a satis-



—Ricardo ¿no será conveniente entrarlo para que no tenga frío?

facar los deseos del abogado era tanto como descubrirse, y no tuvo más remedio que hacer frente a la situación, y, encerrado en su despacho con él, fué pagando a los acreedores más exigentes.

Ricardito no podía avenirse a aquella situación y en cuanto encontró un descuido de sus guardianes saltó sobre ellos, derribándolos, y emprendió una vertiginosa fuga, seguido de los que le custodiaban. En vista de la agilidad del muchacho, a quien era materialmente imposible detener, puesto que para él no ha-

bía obstáculo que se interpusiese en su huida, empezaron a disparar, hasta que Ricardito sintió que una bala le había tocado. Mas la herida era poca cosa y siguió su fuga para encontrarse en su casa antes de que se celebrara la boda de Virginia con el falso Ricardito. Llegó en el momento en que el sacerdote iba a bendecirlos y gritó:

—¡Alto!... ¡Yo soy Ricardo Sidney!

Todos se volvieron al ver a un presidiario y Ricardito siguió diciendo:

—¡Este hombre es mi hermano Carlos, conocido por el "Topo"!

Carlos, al verse acusado ante todos, sintió de pronto un miedo cerval y pretendió huir, mas Ricardito consiguió darle alcance y lo detuvo, diciéndole:

—No corras tanto, hombre, que ya se encargará de hacerte parar la policía.

Virginia quedó anonadada ante aquella inesperada noticia y fué en busca de su verdadero prometido, a quien las fuerzas ya casi le faltaban, y sólo pudo decir, cayendo en sus brazos:

—¡Virginia, te amo más que a mi vida!

* * *

Volvió el "Topo" a presidio; sanó Ricardito; produjeron una fortuna las acciones que

le había legado su tío... y algún tiempo después, en el jardín de su señorial mansión, Virginia y él contemplaban dichosos la risa de un pequeño ángel. El chiquillo hizo un gestecito con la carita y Virginia exclamó:

—Ricardo, ¿no será conveniente entrarlo para que no tenga frío?

El mismo lo cogió en los brazos y, mientras se dirigía al interior de la casa, Ana lo seguía con la vista, dando gracias al cielo por haber permitido hacer dichosos a aquellos dos corazones que tanto lo merecían.

F I N

**¿Quiere usted aprender
LOS BAILES DE MODA?**

Pida hoy mismo los métodos de

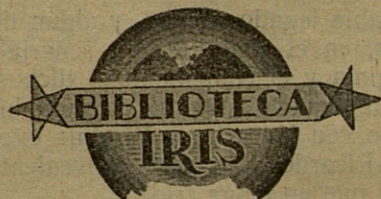
**TANGO ARGENTINO
BLACK-BOTTOM**

Precio de cada libro: **25 cts.**

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

SEÑORITA !!



Esta será su lectura predilecta
SON LOS PRIMEROS TÍTULOS

CORAZONES ORGULLOSOS

Novela sentimental y amorosa,
llena de sublime sacrificio.

ASTUCIAS DE AMOR

Novela de asunto simpático y de-
mostración de lo que puede el
ingenio femenino.

UNA peseta tomo *96 páginas
de texto selecto*

Pedidos a

BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707- BARCELONA

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

36 772

SOLAMENTE
BIBLIOTECA FILMS

— puede ostentar el —
96 Título de la supremacía **96**
PÁGINAS DE TEXTO

ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

Lea los grandes éxitos de esta temporada

Tomos a UNA peseta

EL DESFILE DEL AMOR . . .	M. Chevalier
RIO RITA	Bebe Daniels
EL ARCA DE NOÉ	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO . .	Douglas Fairbanks
TRAFALGAR.	Corinne Griffith
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES.	E. Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO . . .	Milton Sills
MENTIRAS DE NINA.	Brigitte Helan
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.